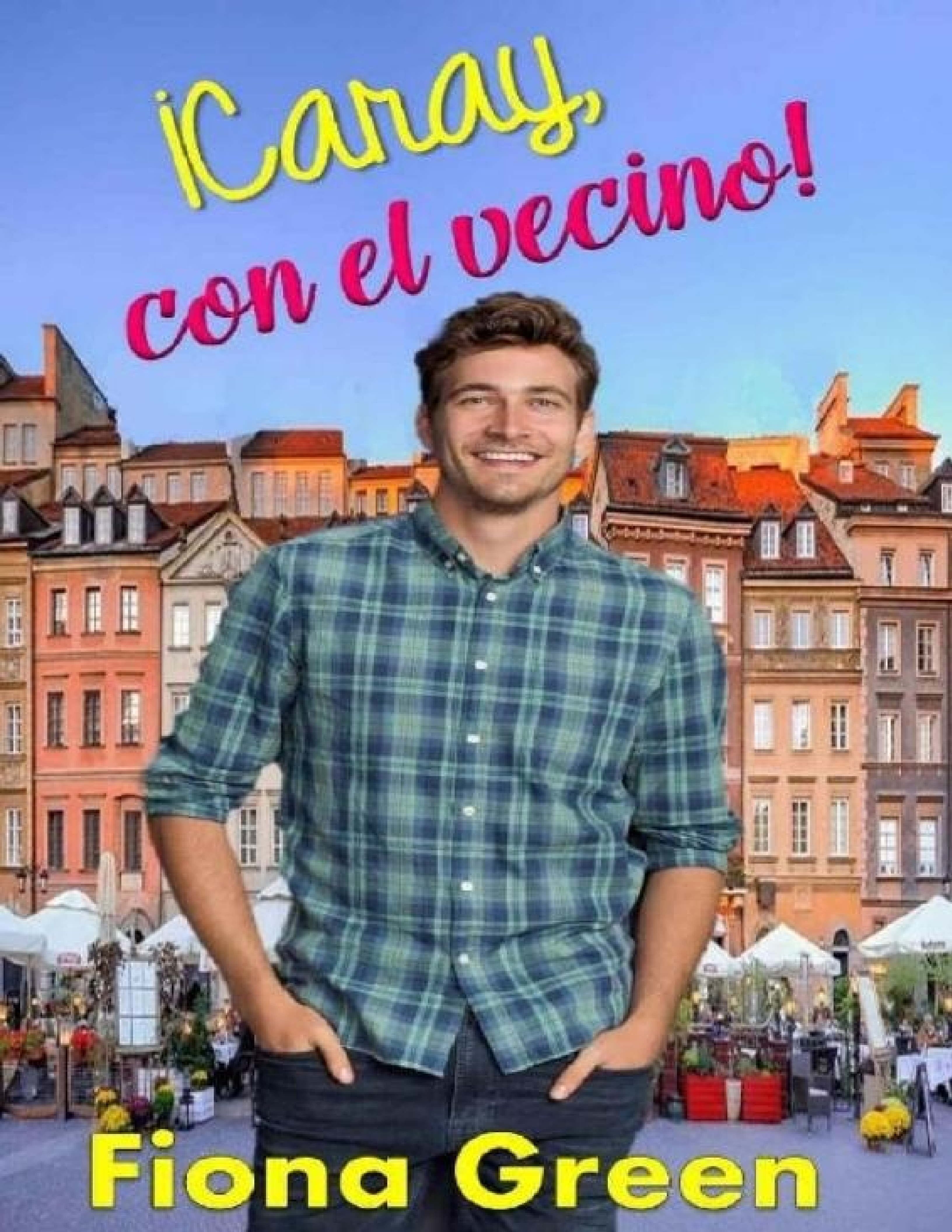

¡Caray,
con el vecino!
Fiona Green



¡Caray, con el vecino!

Portada y maquetación: Fiona Green

Argumento

Camila es una talentosa estudiante de matemáticas que lucha por terminar su carrera. Su vida dará un giro inesperado con la llegada de un nuevo inquilino a su edificio.

¿Qué ocurrirá cuando el guapo Germán se convierta en su vecino? ¿Seguirán siendo los números lo más importante?

Índice

Capítulo 1

Camila vivía en un bonito y pequeño piso alquilado en un barrio del distrito de Arganzuela, en Madrid. Estudiaba matemáticas en la universidad y se pagaba la carrera trabajando durante los veranos y en lo que se le presentara, desde ayudante de cocina, camarera o monitora de gimnasia en alguna piscina de barrio. Con lo que ganaba en el verano, el paro, alguna ayudita de sus padres y la beca estaba consiguiendo salir adelante. Estudiaba mucho, todos los días alrededor de ocho horas, sin apenas descanso, y había sido gracias a ello, como había conseguido conservar la beca.

Estaba muy contenta con su ordenada vida universitaria, era muy querida por sus amigos y profesores y sus padres la adoraban. Allí, en su pequeño piso del distrito de Arganzuela, en la última planta, había construido su universo personal rodeada de libros, de internet y de sus cactus de la ventana que le daban la sensación de que tenía vistas a alguna zona verde (aunque en realidad daba a un triste callejón desvaído). Madrid es una ciudad tremendamente ruidosa, pero Camila tenía la suerte de vivir en el último piso de un edificio de siete plantas y además, la puerta de al lado era una vivienda vacía.

Cuando su casero, un viejo cascarrabias y usurero que seguramente

estaba cobrando de más por aquel cuchitril solitario, le entregó las llaves, Camila se dijo a sí misma que lo convertiría en su pequeño rincón en el mundo, suyo nada más y en el que podría ser ella misma y empezar esa nueva etapa de su vida independiente de sus padres y del nido familiar.

Aquella tarde se había hecho unos estupendos espaguetis a la carbonara, con mucha nata, y tras tomarse un buen café, se lavó los dientes y se puso a estudiar. Su rutina de siempre desde hacía ya cuatro años. Era su último curso y no podía bajar la guardia, pues le urgía terminar la carrera para después ver qué hacía con su vida.

Limpió la mesa, y acto seguido, la llenó de apuntes, su portátil, calculadora científica y gruesos manuales sobre teoremas y fórmulas. Respiró hondo y a punto estaba de comenzar, cuando un fuerte golpe le hizo dar un respingo.

— ¡Pero qué pasa! —

Camila se acercó hasta la puerta de su casa, el jaleo provenía del piso de enfrente, del piso vacío.

“¿Habrán venido a limpiar?, qué raro, si aquí nunca sube nadie”.

Miró por la mirilla, había un hombre gordo y calvo en la puerta, reía con gran satisfacción y manoteaba como dando explicaciones a alguien que estaba

en la casa.

Camila pegó la oreja a la puerta, muerta de curiosidad.

–Cómo ves, todo está nuevo. Este piso lleva vacío al menos cuatro años

– dijo el hombre calvo.

– ¿Y eso por qué? —se escuchó decir desde adentro, era una voz masculina, joven y alegre.

El hombre calvo se rascó la cabeza un poco incómodo.

—A la gente no le gusta porque es muy pequeño y la vista al callejón de contenedores no es algo muy agradable de ver.

—Bueno, muy atractivo no es, la verdad — contestó la voz.

—Espero que se lo quede, el alquiler es bajo con respecto a la zona.

"¡Bajo!¡Pero si a mí me cobran un riñón y medio por esta cueva!" —

pensó Camila mientras seguía pegada a la conversación detrás de su puerta.

—Madrid es caro y creo que esto es una ganga, y no es porque sea el

dueño, pero creo que no vas a encontrar nada mejor por este precio.

—Es verdad, he mirado varias cosillas por ahí, pero todo es prohibitivo.

—Por eso, no lo pienses tanto.

Camila comenzó a comerse las uñas… ¡No! Un vecino, ¡qué rollo, con

lo bien que estaba ella ahí sola!

"Di que no, di que no."

—Está bien: me lo quedo —contestó la voz y de la sombra del pasillo

surgió un joven de unos ventilargos, alto, rubio y con el cuerpazo más sexy que Camila había visto en su vida—. Me mudaré cuanto antes, a lo sumo un par de días –concluyó y sonrió a medias.

Capítulo 2

En los días sucesivos, el trasiego de gente, las risotadas y las entradas y salidas en el piso de enfrente se hicieron constantes. La silenciosa última planta de aquel modesto edificio con vistas al callejón lúgubre se convirtió de la noche a la mañana en algo parecido a un consultorio médico.

Camila daba vueltas como una leona enjaulada alrededor de su minúsculo salón.

"¿Por qué tendría que mudarse alguien aquí, ¡con lo tranquila que estaba yo sola!"

Un nuevo golpe y una nueva risotada, Camila echaba chispas. Tomó su

cazadora, el bolso y salió de casa dando un portazo, qué más daba un poco más de escándalo.

El ascensor estaba ocupado con nuevos bultos que subían. Dió un bufido y bajó por las escaleras hecha una furia. Tan rabiosa iba que trastabilló y perdió el equilibrio. Un segundo en el aire, y al siguiente, estaba en brazos de su

nuevo vecino.

─ Oye, si no llego a cogerte te partes la cabeza — dijo con una amplia y perfecta sonrisa.

— Gracias, iba con prisa — murmuró Camila muy apurada. Seguro que estaba ridícula con aquella expresión de susto en la cara.

—No, si ya te veo —volvió a sonreír, era increíblemente guapo, ¿de dónde había salido semejante tío? Y encima simpático —. Soy Germán, vivo en el séptimo a la izquierda —se presentó ofreciéndole la mano.

—Camila, séptimo a la derecha, soy tu vecina —contestó ella correspondiendo a su saludo. Se dieron dos besos.

—Bueno, cuando quieras pásate y nos tomamos un café —concluyó él.

Tras esto se dio la vuelta y comenzó a subir parsimoniosamente la escalera.

Camila le observó con curiosidad, era de espaldas anchas y fuertes, buen trasero, ¡madre mía! Los números y los libros habían ocupado su vida en los últimos años, apenas si se compraba algo, excepto en rebajas y su melenita castaña hacía tiempo que pedía un baño de color que la avivara. Había que ver lo sosa que se sentía, pero aun con todo, seguía siendo una chica joven, pues por primera vez en mucho tiempo notó como la sangre corría por sus venas.

Capítulo 3

Germán se instaló con los días, y por suerte para Camila, el silencio volvió a ser parte de la séptima planta del edificio del callejón.

Tras sus clases, Camila hizo una parada en el Mercadona, compró una pizza preparada, un bote de aceitunas y se fue directa a casa, tenía mucho que estudiar aquella tarde y no podía complicarse mucho con la comida.

Afortunadamente los tapones para los oídos habían funcionado, gracias a ellos había conseguido estudiar algo, pero ahora que la mudanza de su vecino había terminado podría retomar su rutina de estudios como antes. O eso creía ella, pues a punto estaba de abrir un ejemplar de “Cálculo matemático avanzado” cuando un trompetazo la hizo dar un bote en la silla. Dio un manotazo y sin querer tiró el café por toda la mesa. Corrió hasta la cocina, echó mano de un rollo de papel y se puso a secar lo más rápido que pudo el humeante líquido. Apartó los libros y folios, por suerte ninguno se había mojado. Los trompetazos continuaron.

— ¡Pero qué porras!

Ahora se escuchó un saxo, seguido del repiquetear de un tambor al fondo.

Camila respiró hondo y se acercó a la puerta, todo aquel estruendo venía del piso de Germán.

“¡Será tonto el tío éste! No puedo creerlo” —chilló casi al borde de las

lágrimas.
El “Despacito” de Luis Fonsi comenzó a sonar en vivo y directo.
Camila volvió a dar vueltas por la casa.
“¿Qué significa esto? ¿El tal Germán era músico?”
Empezaron los tambores con un *bang bang* insoportable.
Camila respiró hondo, no había que perder la calma…
Se puso los tapones, tal vez así pudiera estudiar, pero nada, el clamor de los instrumentos se escuchaba todavía a lo lejos.
Camila meditó por unos minutos, ir a reclamarle a Germán le parecía
excesivo, tal vez un leve toque de atención para que bajaran el alboroto sería suficiente, pero le daba palo ir hasta allí, ese piso debía de estar lleno de gente, pero qué más daba, a fin de cuentas, ella tenía toda la razón.
Inspiró profundamente y soltó un buen chorro de aire buscando relajarse. Cogió las llaves y salió del piso hacia la puerta de Germán. Una vez allí, se rajó.
“¿Y si la mandaba a tomar viento?”
Dudó un poco más, qué difícil se le hacía decir un solo: ¿oye, puedes bajar la música por favor?
“¡Tonterías, ni que fuera a hablar con el rector!, ¡ánimo, Camila!” —se dijo.
Levantó la mano para tocar y en esas la puerta se abrió de golpe.
Germán se quedó estupefacto al verla.
—Hola… Oye, estoy intentando estudiar, ¿podrías bajar la música por
favor?
—Oh, claro, perdona –rió al verla tan nerviosa—. No pasa nada, mujer.
Estamos ensayando para una verbena que tenemos en unos días.
Camila le miró a los ojos, eran de un azul brillante, raros, pero asombrosamente bellos.
—Tal vez te apetecería acompañarnos un rato.
La gritería y risotadas que se oían en el interior eran de cuidado.
— ¡Eh, Germán!, ¿qué haces? —se escuchó decir a una chica desde dentro —. Hemos dejado nuestra conversación a medias.
Germán sonrió, una sonrisa de ladrón que a Camila le pareció irresistible.
—Ya voy, estoy hablando con la vecina. Estamos haciendo mucho
ruido.
Una ola de carcajadas estalló desde el salón, a Camila le dieron ganas de salir corriendo, Germán pareció intuir la desazón de la chica.
—Vale, no te preocupes, ya nos callamos, y si te apetece pasar un rato vuelvo a decirte que las puertas están abiertas.

—Gracias, pero tengo muchas cosas que hacer —contestó ella rearmándose e intentando a duras penas contener su nerviosismo.

—Tú misma.

Camila giró sobre sus talones y se marchó.

Estaba colorada hasta las orejas, solo esperaba que aquel chulo guaperas, y además, imbécil, no se hubiera dado cuenta.

Germán se mantuvo en la puerta, hasta que escuchó entrar. La vecinita era algo rarilla, pero a la vez distinta, no sabía explicarlo, pero era como una de esas bolas de plástico que sacas de las maquinitas de un euro, todas las bolas son iguales, todas llevan un regalo en su interior, pero nunca sabes lo que te puede tocar.

Capítulo 4

Al día siguiente Camila se marchó temprano a clase. A primera hora le tocaba con don Anselmo, el profesor más hueso de toda la facultad. Nada más empezar tocó resolver un terrible problema sobre integrales del que por suerte salió airosa, pero que si a ese tío se le ocurría meter en el examen uno de esos armatostes, las llevaría claras.

—En la fotocopiadora tenéis los últimos apuntes sobre esta integral y los ejercicios que hemos estado haciendo hoy.

"Genial, otros veinte euros más en apuntes" —pensó Camila mientras se levantaba y recogía sus libros.

— ¡Hola, Camila! ¿Cómo lo llevas? —escuchó decir a una voz alegre y jovial a su espalda. Era Rocío, su antigua compañera de piso.

— ¡Hola, Rocío! Pues bien, pero podría ir mejor.

— ¿Y eso?

—Que voy a tope, tengo mucho que estudiar y con tanto gasto no veo el cielo claro.

— ¿Necesitas dinero?

—Por ahora no, pero a este ritmo puede que pronto sí y que tenga que buscarme algún curro.

Las chicas salieron del campus, Rocío llevaba un moño alto con el que se le apreciaba su esbelto y largo cuello, unos rizos oscuros le caían sobre las sienes. Camila siempre pensó que su amiga era muy guapa.

Rocío parloteaba alegremente sobre su nuevo ligue, que seguro que no le duraría ni dos semanas, porque así era Rocío, una auténtica veleta con los tíos.

Tomaron el transporte público, y de camino a casa el móvil de Camila comenzó a sonar.

—Hola, Pedro, ¿qué tal? —atinó a decir, era muy raro que su casero la

llamara.

—Hola, Carolina, mira…

—Camila, me llamo Camila.

—Ah sí, perdona —carraspeó al otro lado de la línea.

—Siento decirte esto, pero tengo que subirte el alquiler.

—¿¿Qué?? ¿Y eso por qué?

—Sí, ya sé que suena fatal, pero la vida está dura para todos y por lo visto el piso de enfrente se ha alquilado, así que ya no estarás tan sola, lo que sube el valor de la vivienda. Además, me he enterado que tu nuevo vecino paga más.

— ¡Pero Pedro, si no ha pasado ni un año!

—Sí, pero la vida está muy cara y, además, los alquileres están subiendo. Así que si quieres vivir sola en Madrid te costará cien euros más al mes. No puedo cobrarte menos porque si no saldría perdiendo yo.

A Camila le entraron ganas de llorar.

—Bueno, ya sabes, si te interesa a partir del mes que viene el alquiler sube, y si no, pues vete buscando desde ya otro sitio. Te dejo que mi mujer ya va a servir la comida.

Colgó sin más, Camila se quedó helada ¡viejo usurero, abusón! Ni que su piso estuviera en la Castellana, si está que se cae a trozos ¡será rácano!

— ¿Qué ocurre Camila?

— ¡El casero me sube el alquiler! ¡Y yo que lloraba por los veinte euros de la fotocopiadora! Lo prometo, ya no me quejo más.

—Oh, lo siento, ¡menuda faena!

—No sé qué voy a hacer, ¡me sube cien euros de golpe!

—Vaya un pájaro, se está aprovechando porque sabe que a medio curso te va a resultar complicado encontrar otra cosa.

— ¡Qué mala suerte tengo!

—Tranquila, Camila, siempre puedes volver a compartir.

— ¡Ay no, me gusta vivir sola!

—Bueno, tampoco se está tan mal.

— ¡Con lo bien que estaba yo antes de que llegara ese pesado de enfrente!

— ¿Quién?

—Mi vecino, un imbécil engreído que no para de hacer escándalo porque parece que es músico y tiene que ensayar.

— ¿Y está bueno?

— ¡Ay, yo qué sé, Rocío!

—Vale, vale, vamos a pensar qué hacemos. Por lo pronto tengo que dejarte, he quedado con Lucas para comer. Te llamo luego, ¡ciao!

Camila se despidió de Rocío sin mucho ánimo, no le apetecía nada volver a

casa y ponerse a estudiar. Ahora tendría que buscar algún trabajo para ganar esos mil doscientos euros extra que necesitaría al año para cubrir la subida del alquiler. Las cosas no pintaban nada bien para ella, pero a lo que no estaba dispuesta era a renunciar a su independencia, eso nunca, y todo por culpa del pesado del tal Germán, en mala hora había aparecido, que si estaba bueno, le había preguntado Rocío, ¡y a ella qué más le daba!

Capítulo 5

¿Dónde podría conseguir los cien euros que le estaban haciendo falta?

Tal vez en alguna cafetería o tienda de ropa, empezaría a buscar en Infojobs aquella misma tarde, pero antes tendría que preparar su currículo.

Tomó una ducha, se preparó la comida, después un buen café y se zambulló como una posesa en internet en busca de alguna oferta de trabajo. No había gran cosa, la mayoría eran de comercial de productos varios y a puerta fría, tocando timbres y recibiendo estufidos y portazos de la gente a cambio de una comisión de risa: “vendedora de cosmética”, “comercial de telefonía, tu futuro te espera”, “telemarketing”, “venta de colchones”, “masajista”…

“¡Qué desastre!, ¿pero en qué país vivimos?”

Buscó en la categoría de restauración y allí sí que encontró algo más, pero los horarios le chocaban irremediablemente con las clases porque los turnos eran rotativos; era una faena, tendría que estar pidiendo apuntes y se la jugaba al no asistir a clases, una carrera como matemáticas no era como para saltarse las clases y luego estudiarte los apuntes de otro. Siguió mirando, puede que alguna cosa para los fines de semana. Buscó entonces en “últimas ofertas” y encontró algo que llamó poderosamente su atención: “Clases particulares. Se necesita urgentemente profesora de matemáticas para estudiante de cara a exámenes finales”.

Ahí estaba la respuesta a su desesperación, sonrió, casi lloró, y apunto estaba de entrar para informarse más sobre la oferta, cuando un nuevo trompetazo la hizo pulsar donde no era y cerrar la página.

“¡Joder! ¡Este tío otra vez!”

Salió del piso y tocó la puerta de Germán, luego llamó al timbre insistente.

El chico salió sonriente a pesar de que nada más abrir se topó con los fríos ojos de Camila.

—Oye perdona, pero estoy estudiando, necesito que no forméis tanto jaleo.

—Pero si apenas hemos empezado y estamos tocando bajito.

—No es bajito, armáis mucho alboroto y necesito concentrarme.

—Vale, vale, intentaremos ser más silenciosos. Oye, ¿no te apetece pasar un rato? Podrías oírnos tocar, íbamos a ensayar el “Despacito” —soltó con irresistible descaro.

Camila no lo podía creer, aquel tío era un auténtico jeta.

—No gracias, sólo pido que bajéis un poco más el volumen para poder hacer mis cosas.

— ¿Qué ocurre, Germán? Apareció entonces un chico mulato de ojos grandes y oscuros—. Hola mi amor, ¿eres la vecinita de Germán?

—Soy, soy la vecina de enfrente.

—Parece que estamos formando mucho jaleo y no la dejamos estudiar —explicó rápidamente Germán en tono socarrón.

— ¿Y eso? ¿No te gusta la música, mamita? —preguntó el joven mulato en un inconfundible acento cubano.

—Sí, sí me gusta, ¡pero tengo que estudiar!

Germán, impasible, no paraba de mirarla de arriba abajo, parecía estarle haciendo una auténtica radiografía.

—No te disgustes mamita, probaremos a *tocá* más bajito, ¿ *veldad*, *brother*? —replicó el chico mulato, haciéndole un guiño a Germán.

— ¡Claro! Prometido, para que puedas estudiar.

Camila torció la boca y giró sobre sus talones, estaba colorada otra vez. Vaya par de vagos, a ella también le encantaría ponerse a tomar cerveza, dar tres o cuatro trompetazos y pasar la tarde. Pero no podía, tenía que encontrar cien euros para pagar ese extra al bribón de su casero. Y todo porque le había dado envidia de que el tal Germán pagara más por el piso de enfrente, ¡en mala hora había llegado aquel chico al edificio, con lo bien que estaba ella sola!

Capítulo 6

Germán se levantó de madrugada y con un sobresalto. Había tenido una pesadilla como muchas noches le ocurría; volvía a soñar con su padre y la cantidad de sermones que le soltaba, todo lo que le decía acerca de que era un fracasado y que no llegaría a nada con la banda ruidosa esa con la que andaba, luego regresaba al día en que pasó aquello, lo más triste que recordaba en sus veintisiete años, ¿cómo había podido pasar algo así? Desde entonces ya no era el mismo y quizás ya no volvería a serlo.

Se levantó y se sirvió un poco de agua. Tenía la espalda sudada a pesar de los trece grados que hacían en el exterior. Se sentó frente a la ventana, no había ni un alma, y tan sólo se veían las luces de la ciudad a lo lejos y el oscuro callejón ¡vaya un sitio más tétrico era aquel edificio! Lo único bueno que tenía era la vecinita buenorra que le había tocado en suerte.

“Es una empollona, se le nota a leguas, seguro que no ha estado con nadie en mucho tiempo.”

Germán sonrió con cierto regocijo, le gustaba aquella chica a pesar de ser tan repelente. Tenía una mirada llena de energía, así, agobiada y nerviosa le

había encantado. Estaba harto de las chicas facilonas que con sólo una sonrisa se mataban por darle su número de móvil. Pero ésta era distinta, de las difíciles, lo presentía.

Germán se sentía muy vacío desde hacía tiempo, quizás a alguien como él no le pegaba mucho, pero aun así, iba a intentar darse una oportunidad.

Capítulo 7

Camila se presentó a la oferta de trabajo para dar clases de matemáticas. Era en la zona de la Castellana, en un edificio muy bonito y lujoso que contaba con portero físico y seguridad las veinticuatro horas.

Nada más llegar, notó que el portero la miró inquisitivamente, era un hombre de unos cincuenta años, calvo y regordete, de mirada pícara y risueña.

— ¡Hola niña!, ¿a quién buscas?

—Vengo a ver a Rodrigo Almansa, es por lo del trabajo para dar clases de matemáticas.

—Ah sí, claro, algo me comentó. Han venido unas cuantas ya. Vamos a ver si tienes suerte –dijo con una afable sonrisa, su actitud inquisitiva de antes se había esfumado por completo—. Es en la tercera planta, letra B. Les llamaré para anunciarte.

—Gracias

Camila subió, se notaba gente de dinero pues no entendía tanta ceremonia para ver a una simple maestra.

"¡Qué cosas tienen los ricos!" —pensó.

Cuando llegó al piso se encontró con una espléndida vivienda llena de luz y hermosamente decorada con un estilo muy elegante. Muebles de madera, lámparas de araña, moqueta suave, todo muy fino, pero sin caer en la vulgaridad ni la ostentación.

—Hola, querida. Soy Andrea, la madre de Natalia, la chica que necesita las clases de refuerzo.

—Buenas tardes, señora. Me llamo Camila.

—Sí, he visto tu currículo esta mañana: cuatro años en matemáticas, matrícula de honor, becada… ¡vaya, es impresionante! —sonrió satisfecha.

Era guapa, de edad madura, muy refinada y educada.

— ¿Cuándo te gustaría empezar?

—Pues cuando guste, pensé que tenía que ver a más gente.

—He visto a varias chicas, pero ninguna tiene tu currículo, con que por mí no hay nada que objetar. Además, el primero en defenderte ha sido mi marido, es un hombre muy exigente y nada más ver tu cv dijo que te quería a ti.

—Vaya, pues se lo agradezco de verdad. Necesito mucho este trabajo.

—Pues no se hable más. Empezarás mañana, ¿te parece?

— ¡Sí, estupendo!
Camila salió radiante de la entrevista, ¡qué amable era su jefa! Estaba
segura de que le iría genial, tan sólo le faltaba conocer a Natalia, esperaba que no fuera una de esas pijas estúpidas e insoportable. Tenía dieciséis años, estaba en la edad de los pavos, no podía tener muchas esperanzas en que fuera manejable, pero por su propio bien le valdría que consiguiera durar en aquel trabajo, tenía que ganar dinero, reunir los mil doscientos euros extra que le hacían falta para cubrir el repentino aumento anual que le exigía su casero, eso o se buscaba otro sitio, pero sabía que todo estaba por las nubes, y a pesar de lo lúgubre que era aquel edificio en el que vivía, no encontraría otro más barato en toda la ciudad.

Capítulo 8

Al día siguiente Camila asistió a su primer día como profesora de matemáticas. Nada más salir del piso se topó con Germán en el pasillo.
—Buenas tardes –dijo secamente ella.
— ¡Hola! ¿A clase?
Camila dudó.
—No exactamente, pero sí —contestó sin más.
—Bueno, pues que estudies mucho y ya sabes, cualquier cosa o si un día te apetece tomar algo, sólo tienes que decirlo, estoy sólo a cinco metros de ti.
Camila no dijo nada más, se quedó un poco a cuadros.
Germán mostró una sonrisa de pirata capaz de desarmar a cualquiera.
Le guiñó un ojo y se marchó.
¡Caray, con el vecino, pues sí que era un tira tejos!
Pero ella no era una chica fácil, ¿qué se había creído ése? ¿Qué porque le hacía un par de guiños iba a caer redonda a sus pies?
Estaba muy molesta por todas las dificultades que estaba teniendo para
estudiar, y todo por lo ruidoso que era y luego estaba lo de la subida del alquiler por la llegada de aquel tío.
¿Qué se pensaba el tal Germán? No, hacía falta mucho más que uno ochenta y pico, ojos azules y un cuerpazo de infarto para hacerla caer.

Capítulo 9

Camila llegó puntual a su recién estrenado trabajo. Nada más entrar apareció una chica que la saludó amablemente, llevaba un manojo de llaves y el móvil no paraba de sonarle.
—Hola, eres Camina, ¿no?
—Sí, la profesora de Natalia.
—Encantada, soy Sandra, la asistente de Andrea. Me encargo de todos
los enredos de la casa.

Llevaba una cola de caballo y algunos bucles rubios le caían sobre las sienes, unos labios bastante gruesos y unas caderas muy marcadas y generosas le daban un toque sensual. Tenía pegotes de rímel en las pestañas y mirada somnolienta, se notaba que había trasnochado y que estaba sostenida por cafés.

—Estupendo, pasa, Nati te espera. Ve por ese pasillo, es la primera puerta a la izquierda —dijo señalando una especie de corredor que había tras pasar el salón.

Natalia estaba sentada frente a un escritorio, una chica delgada y fibrosa, de pelo claro y en actitud sobria y reflexiva. Había un hombre con ella, trajeado, madurito, de mirada severa. Camila supuso que sería el inflexible de su padre.

"Mi marido es muy exigente" —recordó las palabras de Andrea.

—Buenas tardes, soy Rodrigo, el padre de Natalia.

—Hola, señor Almansa, me llamo Camila.

—Lo sé, mi mujer me ha hablado de ti y también he visto tu currículo, estoy impresionado. A ver si consigues contagiarle tu talento con los números a Natalia. Es un poco desastre con las matemáticas.

—Oh bueno, nos pasa a todos, pero cuando te las explican bien la cosa cambia. A veces el problema no es del alumno, sino del profesor que te toca.

Natalia sonrió, parecía haberle encantado la respuesta de Camila.

— ¡Vaya!, ya veo que no sólo eres lista, sino también aguda. Creo que a mi hija ya te la has ganado –sonrió guiñándole un ojo a Natalia—. ¿Qué programa tienes para las clases?

A Camila se le hizo un nudo en el estómago. Menos mal que era una chica organizada por naturaleza y se había puesto a preparar las clases la noche anterior.

Sacó un folio y se lo enseñó a Rodrigo. Éste lo miró con atención y ceño fruncido.

—Operaciones varias y luego derivadas, bien, éstas últimas las lleva muy flojas.

—Es importante que aprenda a operar, sin eso no tiene bases. Rodrigo la estudió con atención, una mirada muy intensa, la analizaba y de pronto a Camila le recordó a alguien, pero no consiguió saber a quién.

—Señoritas, os dejo, no os entretengo más. Espero ver pronto progresos. Pasad buena tarde.

Rodrigo devolvió la hoja a Camila y se marchó.

La joven profesora suspiró, Natalia resopló y se relajó por fin.

Ambas chicas se miraron y rieron.

Capítulo 10

Tras dos horas de clase, profesora y alumna habían congeniado muy bien.

Camila tenía una facilidad innata para explicar matemáticas y muchos puntos e inseguridades que tenía Natalia se fueron aclarando.

—Bueno, creo que ha sido una sesión muy productiva.

—Sí, papá estará contento, seguro.

—Me alegro, más me vale por mi propio bien — sonrió Camila al tiempo que recogía sus cosas—. ¿Es muy estricto, verdad?

— ¡Uf, si tú supieras! Papá es ingeniero, diseña maquinaria industrial, es el jefe de una empresa que fabrica aviones y trenes.

Camila abrió los ojos a tope.

— ¡Qué fuerte!

—Sí, por eso es muy exigente, tanto, que a veces se le pasa la mano.

Nos exige mucho a todos en esta casa.

—Bueno, supongo que quiere que todo marche bien.

—Eso es, quiere que todo marche bien en el engranaje de su casa y su familia como si fuera uno de sus aviones. Eso puede ser agotador y a veces hay alguna pieza que puede que no case y salga disparada de la cadena.

Camila se extrañó un poco con el último comentario de Natalia, por lo que se veía aquella chica necesitaba hablar y sincerarse con alguien, aunque fuera con una desconocida.

—Estoy segura de que tu padre sabe ver los esfuerzos que haces.

—Eso espero.

El móvil de Natalia dio un pitazo. A la chica se le iluminó la cara al ver la pantalla—. Es mi hermano.

—No sabía que tenías un hermano.

—Sí, el mejor del mundo, aunque para papá es la pieza que no encaja en su engranaje –concluyó Natalia con cierto misterio. Sonrió.

Capítulo 11

Germán llegó a casa como una moto. La tarde estaba resultando más movidita de lo que se esperaba porque había tenido que ir a comprar una pieza que le faltaba al saxo y otra para la trompeta. Los chicos estaban convocados para las cinco, tenían que ensayar a toda prisa porque al día siguiente tenían una verbena a favor de los niños más pobres de aquella zona de la ciudad.

Esta vez no cobrarían, lo donarían todo por la causa. Ya habían ganado suficiente ese mes tocando con la orquesta en las distintas fiestas de pueblo y también en los centros de mayores. Les iba muy bien y Germán calculaba que, de seguir así, en un año o dos podría poner su propia empresa de eventos.

Sobre las cinco comenzó el ensayo. Empezaron como siempre a calentar los instrumentos y a coordinarse.

—Bueno chicos, ya sabéis, el repertorio de mañana es muy fácil, nos lo

sabemos de memoria. Así que hoy sólo tenemos que repasar un poco y ya está —anunció Germán, tomando su trompeta y colocando en el atrio la partitura.

Entonces su móvil empezó a sonar. Echó un vistazo a la pantalla, pero no le gustó nada el nombre que aparecía en ella, resopló agobiado y cortó la llamada.

Tras esto lo desconectó.

— ¿Todo bien , *brother*? —preguntó Orlando al ver la mala cara que se le había puesto a su amigo.

—Sí, sí, sin problemas. Vamos a empezar ya que nos dan las uvas: uno dos tres…

Como un estallido, los instrumentos comenzaron a reverberar en el pequeño piso de Germán, nota tras nota, elevando a la máxima potencia la melodía del "Despacito" de Luis Fonsi y Daddy Yankee. Una montaña rusa de sonidos, agudos, bajos, hasta explotar en la cúspide del ritmo.

Todos reían contagiados por la música, incluso hubo alguno que se puso a bailar.

"Pasito, a pasito, suave, suavecito…"

Germán levantó la mano, barrió el vacío y la música enmudeció: fin de la canción.

Pero entonces el timbre comenzó a retumbar y alguien aporreó la puerta.

Germán se quedó lívido "¿sería posible?"

Todos se quedaron en silencio. El joven músico miró por la mirilla, suspiró: sí que era posible, era ella…

Abrió la puerta y se encontró con una Camila desfigurada por la ira, su cara parecía la cabeza de un alfiler al rojo vivo.

— ¡¿PERO QUÉ COÑO TE PASA, TÍO?! —chilló con todas sus fuerzas totalmente fuera de sí.

—A ver, Camila, escucha —atinó a decir Germán levantando las manos en señal de redención.

— ¡TE HE DICHO QUE TENGO QUE ESTUDIAR, JODERRRRR!

—Camila, tenemos una presentación de última hora…

—¡¡¿Y a mí qué COÑO me importa?!! ¡Alquila un local, vete al campo! ¡Me da igual, no puedes llegar aquí y hacer lo que te dé la gana!

—Oye, que ésta también es mi casa y mi planta.

—¡¡Pero yo a ti no te molesto!!

A Camila parecía que le iba a estallar el hígado de un momento a otro, estaba ojerosa, con una cola de caballo mal hecha y en la que los mechones se le salían por todas partes.

Germán estaba pálido, y por qué no decirlo, un poco asustado ante el

aspecto furioso de su vecina. Le haría falta algo más que su físico espectacular para calmarla y salir de ésta.

—Tranquilízate…

— ¡NO QUIERO! Te lo advierto Germán —el pecho de la joven subía y bajaba con fuerza, parecía que explotaría en cualquier momento—. Una más, sólo una más ¡y le pegaré fuego a tu estúpida banda!

Salió de allí como alma que lleva el diablo y se metió en su piso dando un tremendo portazo que hizo retumbar todo el edificio.

Germán se había quedado de una pieza, jamás en su vida había visto a alguien tan cabreado. Le costaría trabajo arreglar las cosas con su vecina.

Entonces notó la mano de Orlando sobre su hombro.

—Tiene carácter la beba, daba miedo, casi me hago encima, *man*…

Capítulo 12

Aquella noche Camila no pudo dormir. Estaba muy nerviosa por la tremenda bronca que le había echado a Germán, ¿y por qué no decirlo?

También algo avergonzada con aquel grupo de gente mirándola alucinados.

Pero todo había sido culpa de él, ya le había pedido durante las dos veces anteriores y de la mejor de las maneras, que por favor no hicieran tanta bulla y el tío había venido y se lo había pasado todo por el forro de la chaqueta.

Dio vueltas por la habitación a oscuras, no podía dormir, no podía ponerse a estudiar, no tenía ganas de ver la tele. Y encima aquella misma tarde la había llamado su madre y le había recordado lo metódica e insulsa que era su vida.

“Hija tienes que salir más, no te das cuenta de que tanto estudiar no debe de ser bueno, a ver si te pones mala.”

Luego la había llamado Rocío para invitarle a una verbena de barrio a las afueras de Madrid, ni siquiera recordaba el nombre del sitio, había sido justo cuando volvía a casa colérica tras la bronca con Germán y le había dicho que sí a Rocío para quitársela de encima.

Parecía mentira que hubiera sido capaz de aquello, se llevó las manos a la cabeza.

Había estado repasando los apuntes de aquella mañana para después ponerse de lleno con las clases de Natalia, se notaba cansada, y a pesar del gran esfuerzo que estaba haciendo para no dormirse, los párpados se le cerraron y se quedó grogui en el sofá. De repente el estruendo y el cansino “Despacito” la habían despertado de golpe, no sabía cómo no le había dado un jamacuco ahí mismo. Se levantó de un salto y salió disparada hacia el piso de Germán hecha un demonio.

“Se iba a enterar ése de lo que era bueno:”

Capítulo 13

Y sí que se había enterado y bien… Germán, incapaz también de conciliar el sueño, daba vueltas por la habitación como un alma en pena.

Se sentía fatal por lo que había ocurrido. La verdad es que igual sí que se había pasado un poco, no había hecho caso a ninguna de las quejas de Camila pensando tal vez que era una tiquismiquis, o tal vez que se estuviera haciendo la interesante con lo de los estudios. Germán se rió de sí mismo y de su propio ego.

“No, Camila no era así”

Germán había comprobado lo furiosa que estaba, un auténtico volcán ante su puerta, y qué guapa que estaba así de enfadada. Camila se le hacía cada día más deseable y llamativa, ese excesivo sentido de la responsabilidad que tenía sobre sus espaldas, ese aislamiento en el que vivía, ahí, recluida en su agujero del fondo del pasillo.

Suspiró y se echó sobre la cama, contempló el techo por unos segundos.

“Tal vez debería disculparme”

Volvió a escuchar un pitido en el móvil, otro WhatsApp que no quería

leer y cinco llamadas de alguien con quien no deseaba hablar. Cogió el móvil y contestó al fin: “Te dije que lo nuestro no podía continuar, es historia, entiéndelo de una vez, lo siento pero no estoy enamorado de ti.”

Sabía que era cruel, pero lo había intentado todo para que aquella chica lo dejara tranquilo, pero Sandra era así de persistente. Apagó el móvil, sólo esperaba que no molestara a Natalia pidiéndole que intercediera por ella.

Germán lo tenía claro, desde el principio, por Sandra sólo sentía un cariño especial, era un vínculo con su casa, pero hasta ahí. Pero ella había insistido tanto que por un tiempo él creyó que podía ser, pero nunca fue, ella le había traicionado y la llama del amor se apagó.

Fue al baño y se echó un poco de agua en la cara. No podía quitarse la imagen de Camila de la cabeza. Sus labios humedecidos, rojos, casi sangrantes por la rabia. Esos ojos como chispas y ese pecho subiendo y bajando igual que una locomotora…

Abrió el grifo y metió la cabeza debajo del chorro de agua fría.

Capítulo 14

Con un vaso de zumo de naranja y en pijama, Camila también daba vueltas por el salón de su casa, en silencio y casi a oscuras. Abrió la ventana del salón, el rumor del tráfico nocturno se coló en la habitación, el aire frío de la noche la hizo estremecer, ¿era acaso la intensa mirada de Germán?

Había salido disparada como un cohete y le había gritado todo lo que le había dado la gana y sin embargo él apenas si le había replicado o levantado la

voz.

"Tal vez debería ir a decirle algo, igual me pasé."

Camila suspiró, se sentía tremendamente deprimida y Germán no se le iba de la cabeza.

"Tendrían que prohibir la fabricación de chicos como aquél porque una se desestabiliza."

Comenzó a mordisquearse las uñas, no lloraba porque no era su estilo, pero qué mal se sentía.

"Se habrá partido de risa después, seguro que llevaba una pinta horrible."

Cerró la ventana, el murmullo de la calle desapareció y el silencio volvió a reinar en la oscura habitación. Escuchó un golpecito en su puerta. El corazón empezó a latirle desbocado, ¿había alguien en el umbral de su puerta?

Sí, estaba segura de que sí.

Se acercó, pegó la oreja a la puerta, creyó oír una respiración, sintió una presencia y comenzó a temblar. Súbitamente ese alguien se alejó y poco después escuchó la puerta de enfrente cerrarse. Miró corriendo por la mirilla, pero ya era tarde y no vio nada.

¡Era Germán! Había venido hasta allí, ¿por qué?, ¿a armarle una bronca?, no lo creía. Abrió tímidamente la puerta, el perfume fragante de su vecino seguía aún ahí, flotando en el umbral de su puerta.

"¿Germán, por qué has venido esta noche?"

Capítulo 15

Al día siguiente después de clase, Camila asistió a su trabajo como profesora de Natalia.

La chica había hecho grandes progresos en matemáticas y sus notas mejoraban notablemente.

—Tu padre estará orgulloso y contento por tu avance y yo también.

—Sí, aunque bueno, con papá nada es seguro —dijo con voz apagada.

— ¿Por qué dices eso?

—Pues porque es muy severo, detrás de esa careta que tiene de hombre amable, papá es muy duro y exigente con nosotros.

— ¿Con tu madre y contigo?

Camila sabía que no debía preguntar, pero no se aguantó la curiosidad.

—Y con Sandra y con sus empleados, pero sobre todo con mi hermano.

— ¿Y eso?

—Mi hermano es músico y hace un tiempo los dos se distanciaron.

Papá quería gobernarle la vida y Germán no lo aceptó.

Camila abrió los ojos a más no poder, se puso rígida, la respiración se le

cortó al oír aquel nombre, ahora lo recordaba: ¡aquella mirada de Rodrigo era igual que la de Germán!

Natalia estaba tan sumida en su conversación que ni se enteró del efecto que sus palabras habían producido en Camila.

— ¿Tu hermano se llama Germán y es músico?

—Sí, y de los buenos, papá jamás pudo aceptar que uno de sus hijos, el mayor, el chico, se dedicara a algo tan efímero como la música. ¡Imagínate, él que es todo un ingeniero!

— ¿Y qué pasó entre ellos?

—Germán y él se pelearon, tuvieron una discusión horrible. Germán estudió económicas para complacerle, pero cuando terminó y papá le tenía preparado un puesto en la empresa en donde trabaja, Germán lo rechazó directamente. Mi hermano es muy independiente y le dijo que él ya había cumplido con sus deseos como padre, pero que ahora iba a hacer lo que quería y eso era tocar. Tenía hechos todos los años en el conservatorio de música, así que se marchó con su juego de trompetas y fundó una banda con sus amigos.

— ¿En serio? –Camila tragó en seco, estaba pálida.

—Sí, y no les va nada mal –añadió Natalia con orgullo—. No paran de llamarles para conciertos y salas de fiestas, bodas, ganan bastante pasta.

— ¿Y él y tu padre no se hablan?

—No –confesó Natalia con tristeza—. El día que Germán se fue de esta casa se fue para no regresar. Creo que la discusión que tuvieron fue terrible y algo grave pasó entre ellos.

Capítulo 16

En el barrio de San Cristóbal, a las afueras de Madrid, se celebraba la verbena por las fiestas de San Isidro.

Decorada con brillantes guirnaldas, luces y flores, la calle Mayor y la plaza principal del barrio se preparaba para disfrutar de su fiesta. En el centro de la plaza, un rústico escenario lleno de cableado y focos a la espera de los músicos.

Germán y Orlando llegaron los primeros y enseguida se pusieron a poner sus instrumentos y el equipo eléctrico a punto.

Germán lucía decaído, sin apenas ánimo; su simpatía característica parecía no acompañarle aquella noche.

— *Vamo*, mi *brother*, ¿por qué estás tan decaído, *man*? ¿No será por el rollo con la vecinita?

—Igual me pasé un poco, tenía que haber sido más cuidadoso con el ruido —se desahogó por fin Germán.

—Puede, pero lo hecho, hecho está, ahora tiene que ganártela, tiene que

conquitala, helmano.

—Pero es que no sé qué hacer.

—Lo que te pasa es que te has *acostumbrao* a que todas vengan a ti, pero con ésta te va a *tocá* a ti *trabajá* la cosa.

Germán bajó la mirada y se puso a afinar su trompeta. Orlando se colocó a su lado y le dio una palmadita en la espalda.

—Mira, hermano, a las mujeres hay que saber cómo llegarles, pero mi

experiencia me dice que la regla de oro es escucharlas y entenderlas. Te lo digo por experiencia.

Germán rió, no había nadie como Orlando para subirle el ánimo.

Capítulo 17

Rocío y Camila llegaron cuando la fiesta ya estaba empezada. Ambas muy guapas y maquilladas, Rocío con un bonito vestido verde y Camila con unos ceñidos pantalones vaqueros y una sexy blusa de seda en color melocotón. Se había soltado el pelo y su melena castaña y alisada, brillaba sedosamente bajo las luces de la fiesta.

Uno de los amigos de Rocío les había guardado sitio en una mesa bastante céntrica y muy cerca de la pista.

Apenas llegaron, se pidieron algo de beber y Lucas, el amigo de Rocío, fue a por las bebidas.

—Es muy majo tu amigo Lucas —comentó Camila aún bastante decaída

por lo ocurrido el día anterior y por lo que se había enterado hoy debido a la confesión de Natalia.

—Sí, dice que está loco por mí —sonrió a su amiga—. La verdad es que me lo estoy pensando.

—Eres de lo que no hay, tía, ¿cuándo sentarás la cabeza?

— ¡Bah! Aún me queda muuuucho para eso.

Las chicas rieron muy animadas cuando Lucas apareció con las copas.

Brindaron por una noche estupenda.

Fue entonces cuando la orquesta, que en ese momento había tomado un

descanso, volvió al escenario y comenzó a tocar el famoso “Despacito”.

Camila casi se atraganta con la bebida.

Ahí estaba Germán, tocando con su trompeta los primeros compases de

aquella canción que Camila había empezado a aborrecer.

La chica abrió los ojos hasta más no poder al reconocer a su vecino en el escenario.

— ¿Camila, qué te pasa? —preguntó Rocío al ver a su amiga tan pálida.

—Es que… tosió nuevamente, empezó a temblar como un suflé.

Orlando le giñó un ojo a Germán y le hizo un movimiento de cabeza

después. Éste ni corto ni perezoso, dejó la trompeta a un lado, bajó del escenario y fue hacia Camila.

De una pieza se quedó Camila cuando vio a aquel chico de casi metro

noventa, rubio, de ojos azules y cuerpo de infarto ir hacia ella. Germán se acercó a su mesa y la invitó a bailar.

— ¿Quieres bailar esta canción conmigo?

—Yo… yo no sé bailar.

Germán sonrió con aquella picardía capaz de descolocar a cualquiera.

—Claro, claro que sabe —tartamudeó Rocío al ver la intención de aquel monumento—. Y si no sabes aprendes sobre la marcha —zanjó dándole un pequeño empujón a Camila y lanzándola directamente a los brazos de Germán.

Germán la llevó hasta la pista, tomó una de las manos de Camila y la otra la colocó en la cadera de la chica.

Camila, colorada y temblorosa, no sabía ni a dónde mirar.

—No hace falta saber bailar, sólo tienes que sentir la música. Déjate llevar por mí.

En la pista la gente estaba desenfrenada con aquella canción, unos bailaban de forma pausada y moderada, mientras otros literalmente, “se restregaban” pegados como lapas. Camila estaba alucinada, la verdad sea dicha, llevaba bastante tiempo sin salir.

Los movimientos de Germán eran seguros y simples, sin florituras.

Camila levantó su huidiza mirada y se dio cuenta de que toda la atención del chico estaba puesta en ella. La colonia de Germán la embriagó, y el calor empezó a subirle desde los pies a la cabeza, notó un placentero pinchazo en el vientre.

“Esos ojos azules…, pues sí que llevo tiempo sin salir y sin novio…”

—Camila, siento lo de ayer, debí respetar, no sé, a veces soy muy

imbécil.

—Oye, yo tampoco debí formar la que formé —dijo tímidamente, ahora que sabía muchas cosas sobre Germán se le estaba haciendo irresistible.

— ¿Amigos otra vez?

— ¡Pues claro! ¿Qué si no? A fin de cuentas somos vecinos.

Capítulo 18

La noche acabó estupendamente bien para todos. Camila decidió que como al día siguiente era sábado, se lo tomaría libre así que ella, Rocío y Lucas se quedaron hasta bien entrada la madrugada. Como Rocío se dio cuenta al minuto uno de la gran atracción que había entre su amiga y el buenorro del vecino, se cameló a Lucas para que se fueran antes del cierre. Camila no replicó, en realidad la chica no sabía ni lo que quería. Estaba muy confusa

sobre cuál era el siguiente paso a dar.

Germán cumplió con su trabajo, pero cuando vio que Camila se quedaba sola, no lo dudó y se las arregló con Orlando para marcharse un poquito antes y acompañarla a su casa.

—Te llevo–dijo con firmeza.

—Puedo tomar un taxi.

—No, de eso nada, te llevo yo. Además, somos vecinos, se puede decir que casi vivimos en la misma casa.

Camila rió, estaba claro que a Germán no se le podía decir que no.

Un rato después, cada uno estaba junto a la puerta de su piso.

—Buenas noches, vecina —susurró Germán con su típica e irresistible sonrisa.

—Buenas noches, vecino —contestó ella sin saber muy bien si decirle buenas noches a un chico como él era lo que realmente deseaba.

Entraron en sus respetivas casas. El silencio se hizo en la planta.

Capítulo 19

Germán daba vueltas en la cama incapaz de conciliar el sueño. Era la primera vez que la tenía tan cerca sin pelear.

“¡Qué tonto, tenía que haberla besado! Al menos eso me habría llevado.”

El móvil dio un pitido, era un mensaje de Orlando deseándole suerte.

Germán suspiró, cuando le contara lo poco lanzado que había sido, seguro que Orlando se pensaría que se estaba quedando con él. Pero es que con Camila todo era diferente, con aquella chica no podía jugársela.

Consultó el móvil de nuevo, antes del WhatsApp de Orlando había tropecientos mensajes de Sandra.

—Madre mía esta chica, ¿hasta cuándo?

Se levantó dispuesto a ver un poco de tele a ver si le entraba sueño. Al momento sonó el timbre.

Extrañado fue hasta la puerta, echó un vistazo por la mirilla y entonces el corazón casi se le sale por la boca.

Capítulo 20

Era Camila… Ahí estaba su hermosa vecina en pijama, con el pelo suelto y cepillado, olía a gominolas.

Germán abrió la puerta, se topó de lleno con la mirada de Camila, sus ojos brillaban intensos, con una fuerza tan sólo comparable con la del día de la bronca.

—Yo no sé cómo… —murmuró nerviosa.

Pero Germán no dejó que acabara la frase. La agarró con sus fuertes brazos y la atrajo hacia sí, atrapó sus labios, loco de deseo y cerró la puerta.

Esta vez no se le escaparía.

La agarró por la cintura, metió su mano por debajo de su camiseta y acarició con las yemas de los dedos los pezones de Camila; los tocó, estaban erectos, muy erectos. Con su otra mano bajó por el short del pijama y sin quitarle las bragas, le metió los dedos.

"¡Cuánto placer!" pensó Camila

Le quitó la parte de arriba del pijama y empezó a lamerle los pezones con la lengua. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Camila estaba muy cohibida, pero a la vez ansiosa, Germán llevó la iniciativa en todo momento y ella simplemente se dejó hacer.

Él la besó en la boca, un beso ardiente y profundo que la dejó casi sin respiración; entonces ella lo agarró por el cuello jadeante y le susurró al oído:
— ¡Fóllame!

Germán no necesitó más.

Sacó su pene, grande, grueso, erecto y la penetró una y otra vez, empujando, un poco más fuerte, más, más, más...metiendo y sacando, fuerte, fuerte.

— ¿Ya no estás cabreada?— le preguntó, y ella apretando su miembro con los labios de su vagina, le contestó que no. Se sentía llena.

"Ah, qué gusto daba, ¡qué vibrante!" pensaba Camila. Vinieron a su cabeza integrales, derivadas, teorema de Gauss, índice de Laspeyres "¡al carajo!" pensó.

Lo repitieron una y otra vez durante toda la noche, en diferentes posturas, arriba, abajo, de lado, izquierda, derecha y centro.

Capítulo 21

Sobre las diez sonó el despertador de Germán. Camila dormía plácidamente sobre su pecho y a él le dio pena despertarla. Había sido una noche inolvidable, no recordaba haber deseado tanto a alguien como le había pasado con ella. La veía dormida con una amplia sonrisa y eso le satisfacía.

La joven se movió ligeramente y se dio la vuelta. Germán entonces se vio libre para levantarse e ir al baño a asearse.

Camila abrió los ojos al escuchar el grifo del baño, al principio se notó algo desorientada, se incorporó de golpe y se tapó instintivamente con la sábana, pero poco a poco fue recordándolo todo. Se echó sobre la cama con alivio, había sido una noche deliciosa.

Germán salió del baño y al verla despierta volvió a la cama junto a ella.

—Eres perfecta.

— ¿Así? Pues a partir de ahora quiero que me lo digas siempre — susurró ella y enseguida buscó sus labios. Germán le correspondió y se

unieron en un húmedo y apasionado beso mañanero.

— ¿Qué hora es? —balbuceó con sus labios casi pegados a los de Germán.

—Hora de seguir un rato más —murmuró él y sin darle apenas tiempo, metió la mano debajo de la sábana y recorrió suavemente el cuerpo de Camila en una gigantesca caricia. Palpó sus pechos erectos, los lamió y mordisqueó de nuevo el vientre suave, el interior de sus muslos, cálido y húmedo… Camila se dejó llevar por aquel nuevo mar de sensaciones, enajenada, Germán era imparable. Notó entonces el miembro erecto y duro del chico entrar en ella, se fundieron en una ardiente mirada, y empezaron a moverse al mismo ritmo.

Ella le notó respirar intensamente, Germán estaba desesperado por adherirla a su cuerpo, cada vez más adentro, Camila estalló de placer y Germán entonces se corrió y suspiró en su cuello.

Capítulo 22

— ¿Así que eres la profesora de mi hermana? ¡Qué fuerte, Camila! –

exclamó Germán y casi se atraganta con un trozo de donut mientras desayunaban en una cafetería cerca del campus universitario—. ¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Bueno, llevamos apenas unos días y casi no hemos salido de tu piso

—contestó ella poniéndose muy colorada de repente.

Germán clavó sus ojos en ella, una mirada de tigre, el deseo volvía a encenderse en él y no veía la hora de volverla a tener en su cama, y si era posible, atrapada bajo su cuerpo.

—Germán te estoy hablando —la escuchó decir de pronto, muy

sorprendida.

— ¿Eh? Ah, pues eso.

Camila lo miró con extrañeza, intuía la causa de su lapso.

—Entonces, ¿te llevas bien con Nati? Imagino que sí, mi hermana es estupenda, modestia aparte.

—Sí, en eso estoy totalmente de acuerdo contigo, es muy buena niña.

A Germán se le hinchó el pecho de orgullo.

—Me contó también algo más.

— ¿Así? ¿El qué?

—Algo sobre tu distanciamiento con tu padre.

Germán guardó silencio y sólo se limitó a tomar un poco de café.

—No quiero que pienses que soy una fisgona. Natalia necesitaba desahogarse y me dijo que te habías distanciado de tu padre por algo que pasó entre vosotros dos.

—Le pegué a mi padre…

Aquella frase pilló a Camila por sorpresa, jamás por más vueltas que le

hubiera dado, habría imaginado una razón como ésa.
Germán suspiró, su rostro reflejaba tristeza y vergüenza.
—Tuvimos una bronca descomunal cuando le dije que no quería el trabajo que me ofrecía en su empresa, que lo que quería era hacer música, que había estudiado Económicas sólo por complacerle, pero que ya había cumplido con todos los requisitos para ser su hijo, que a partir de ahora sería yo quien decidiera.
Camila guardó silencio, no quería presionar a Germán, sabía que deseaba con todas sus fuerzas abrirle su corazón.
—Él no aceptaba mis razones, decía que sería un don nadie con mis ideas absurdas sobre la música, que no permitiría que arruinara mi vida. Yo le dije que eso no lo sabría, que era mi sueño fundar una banda e incluso mi propia empresa de eventos, pero se rió de mí. Luego vinieron los insultos, a cual peor –Germán suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Seguimos discutiendo hasta que acabó diciendo que yo no podía ser su hijo y que se avergonzaba de mí, se me fue la cabeza y le pegué.
Con los ojos fijos en la taza de café, Germán ya no probó un bocado más. Silencioso y triste, parecía no atreverse a mirar a Camila. La chica puso una mano sobre la de él y la acarició dulcemente.
—Eh, sigo aquí, no me voy a ir a ningún sitio –sonrió—. Ya no te culpes más, creo que ya lo has hecho por demasiado tiempo—. Le animó ella intuyendo el peso tan grande que atormentaba a Germán.
—Lo sé, es más, he intentado de mil maneras que volvamos a hablar, arreglar las cosas, pero no me perdona ni quiere volver a verme.
— ¿Y qué hay de tu madre?
—Con ella todo está bien, dice que se siente muy orgullosa de que haya tenido el valor de seguir mi camino sin el apoyo de mi padre y reconoce todos mis progresos.
—Germán, creo que eres un gran tío y tu madre tiene mucha razón en
sentirse orgullosa de ti. El equivocado es tu padre, pero tal vez con el tiempo se dé cuenta y recapacite.
—Si quiere, yo siempre estaré ahí para él.
Con las manos entrelazadas, se miraron con ternura. Salieron de la cafetería y en esas el móvil de Germán comenzó a sonar insistentemente, pero éste al ver el nombre de Sandra en la pantalla, cortó la llamada y lo apagó.
Camila se extrañó un poco, pero no dijo nada. Esperaría a que él mismo se lo contara.

Capítulo 23

Había aparcado el coche muy cerca del portal de Germán.

Lo tenía todo preparado, el momento, el vestido y las palabras que le diría para convencerlo de que volviera con ella. Todo estaba a punto para ejecutar su plan.

"Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña" –se decía

Sandra dentro de su coche cada vez más nerviosa y acechando el portal de Germán.

Y es que le había enviado tropecientos WhatsApp y le había hecho montones de llamadas, pero nada, Germán no daba su brazo a torcer, pero aquella noche no podría resistirse. Estarían juntos por fin y ella le recuperaría.

Pero lo que Sandra no se esperaba era que Germán apareciera en su portal acompañado… Se quedó helada cuando lo vio llegar a casa de la mano de Camila y después darse un beso apasionado en sus meras narices.

— ¡¿Pero qué es esto?! ¿Germán con la profesora de Natalia? No puede

ser, ¿cómo ha ocurrido?

Se quedó petrificada, con los ojos clavados en el portal, asimilando la escena que se acababa de producir y aguantándose las ganas de agarrar a aquella zorra y arrancarla de su chico. Tras aquel interminable beso, entraron juntos en el edificio.

Sandra asió con fuerza el volante del coche, necesitaba salir de ahí, necesitaba aire fresco para poder pensar. Así que arrancó y se marchó a toda velocidad.

Capítulo 24

Aquella tarde, de camino a casa de Natalia, Camila recibió una llamada de Rocío.

— ¡Tienes un morro que te lo pisas! —fue lo primero que le dijo nada

más comenzar.

— ¿Y eso por qué? —rió Camila al intuir que Rocío se estaría subiendo por las paredes.

— ¡Sí lo sabes! ¡¿Cómo no me habías dicho que tenías un vecino tan buenoooorro?! Y lo más importante: ¡que le molabas un motón!

—Jajaja, bueno, es que eso yo no lo sabía…

— ¡Serás pu…! ¡Eso no se oculta a una amiga! Así que ahora tendrás que compensarme y darme todas las explicaciones que te pida.

— ¡Eres un caso, Rocío!

— ¿Hubo tema o no? ¡Dime que sí, dime que síiiii!

—Sí, sí que hubo…

Se produjo un chillido de júbilo al otro lado de la línea y Camila tuvo que apartar el móvil de la oreja.

— ¡Es la bomba! Ya estaba empezando a preocuparme por ti, te estabas

oxidando, cariño. Menos mal que ha aparecido este vecinito tuyo a darte lubricante y…

— ¡Rocío!

Una nueva risotada retumbó en el teléfono.

—Esta noche me paso, el vino lo llevo yo, tú encárgate de la cena.

Tienes que contármelo todo con lujo de detalles y sin omitir nada —espetó sin más y sin darle tiempo a Camila a replicar.

Capítulo 25

Sobre las siete de la tarde el timbre sonó. En un principio Germán pensó que se trataría de Camila, aunque ésta le había dicho que quedarían más tarde porque aquella noche había quedado con su amiga Rocío y era "noche de chicas" en su piso.

Así que Germán aprovecharía para quedar con sus colegas de la banda

y cenar en el piso de Orlando para hablar sobre el siguiente concierto que tenían programado.

Sonó el timbre, Germán se acercó a la mirilla con el corazón a mil esperando encontrarse con Camila, pero cuál fue su sorpresa cuando al otro lado de la puerta la que esperaba era Sandra.

Capítulo 26

— ¿Qué haces aquí?

—Tú verás, no me coges el teléfono, ni contestas mis mensajes.

—Sandra, entre nosotros todo está dicho y…

Sandra entró sin apenas hacerle caso a las razones de Germán. El chico soltó un hondo suspiro de resignación y cerró la puerta. Como si nada, Sandra se sentó en el sofá y se puso cómoda.

—Estoy con alguien, Sandra. Lo siento, pero no me parece bien que estés aquí.

La chica rió con descaro. Llevaba un bonito vestido rojo, ceñido al cuerpo y con una cremallera de infarto que iba desde el cuello hasta las rodillas.

— ¿Te refieres a la insípida de la profesora de tu hermana?

—No te permito que la llames así. Se llama Camila.

— ¡Vaya, si ya la defiendes y todo!

— ¿Qué has venido a hacer?

—La joven se levantó y se acercó a él con sutileza, sus ojos brillaban

con fuerza y deseo.

—Te quiero, Germán –dijo y le rodeó el cuello con sus brazos y le besó en la boca. Acto seguido se separó de él y se bajó por completo la cremallera del vestido. Estaba totalmente desnuda…

Germán se turbó por un segundo, pero enseguida se recompuso y la miró

fijamente a los ojos.

—Márchate.

—En otro tiempo no me hubieras dicho precisamente eso.

Ella se volvió a acercar a él, le rodeó con sus brazos y lo volvió a besar, pero Germán rápidamente la apartó de él.

— ¡Estás loco! ¿Qué haces?

—Lo que tendría que haber hecho cuando has entrado en mi casa, echarte.

— ¡Germán!

—Te quise mucho, Sandra, pero me engañaste. Me dijiste que ibas a una despedida de soltera con tus amigas y lo que hiciste fue liarte con uno de mis colegas.

— ¡Fue un error, estaba borracha y…!

—Un error que me costó caro. Mataste toda la confianza, lo pasé fatal por ti y casi doy al traste con la banda por lo mal que me dejaste.

—Germán, yo te quiero.

— ¡Pero yo a ti ya no!

Sandra se echó a llorar, Germán aturdido no sabía cómo salir de aquel embrollo.

— ¿La quieres a ella?

—Sí, creo que sí, apenas empezamos, pero siento algo muy especial por Camila. Me estoy dando la oportunidad con alguien nuevo y diferente. Una chica en la que siento que puedo confiar y que me hace creer otra vez en muchas cosas.

— ¡Eres un imbécil!

—Sandra… lo siento.

—Con nadie estarás igual que conmigo.

—Espero que no, espero que con ella sea mucho mejor.

Sandra se levantó y le dio un bofetón, Germán lo aguantó estoicamente.

Después cogió su bolso, y aún llorosa, se marchó.

—Adiós, Sandra –murmuró Germán una vez a solas. Acto seguido se desplomó sobre el sofá.

Capítulo 27

Los platos sin lavar se quedaron en el fregadero, la mesa sin recoger y Camila y Rocío se mantuvieron calladas y silenciosas en medio del salón a oscuras. Lo que habían visto hacía un rato por la mirilla las había dejado a las dos sin habla.

La cena había estado deliciosa, habían reído y bromeado sobre el amor, el sexo y los hombres; y Camila había satisfecho en la medida que había podido, la curiosidad de su amiga.

Pero luego, el baño de agua fría había llegado con la salida de Sandra medio desnuda del piso de Germán.

—Debes hablar con él y que te dé una explicación —propuso Rocío muy seria.

Camila, desde un extremo del sofá, parecía seguir en shock.

— ¡Camila, reacciona! No te vas a quedar arrinconada en el sofá para siempre, ¡tienes que hacer algo!

La chica suspiró, nunca hubiera imaginado que una velada tan divertida con su amiga se convirtiera en una auténtica pesadilla.

La sensación de ser una cornuda la tenía totalmente enajenada; ¿cómo era posible que Germán le hubiera hecho algo así? Para una vez que se acostaba con un tío a la primera de cambio y le salía “rana”.

—Vaya una zorra la tal Sandra, y él no se queda atrás, ¡menudo cabrón! –renegó Rocío roja por la indignación.

—Iré a verle esta noche y le mandaré a paseo. A partir de mañana retomaré mi vida como era hace unos días: lineal y controlable. Está visto que fui su entretenimiento –dijo de repente Camila levantándose bruscamente del sofá.

—Camila no digas eso—

—Quería experimentar lo que era estar con su vecinita, la rara, la recta y formal Camila cuya vida son las matemáticas.

—Eres una tía que vale mucho, Camila, no te dejes abatir por un tío como ése. Encontrarás a alguien mucho mejor qué te merezca.

Rocío se acercó y la abrazó con fuerza. Camila se echó a llorar.

Capítulo 28

Quince WhatsApp, ocho llamadas perdidas y dos visitas a su piso, y aún Germán no había conseguido hablar con Camila.

Estaba desesperado, no comprendía la razón por la que Camila no respondía a sus llamadas ni mensajes desde hacía un día entero.

Así que sobre las once de la noche se plantó en su piso, vio luz debajo de la puerta y supo entonces que estaba despierta.

Llamó al timbre.

—Camila, ábreme, sé que estás ahí.

No hubo respuesta.

— ¿Se puede saber qué te pasa? Ábreme o te juro que aporrearé la puerta y no pararé hasta alertar a toda la comunidad.

Nada.

Germán empezaba a perder la paciencia.

—Contaré hasta tres: uno, dos…

La puerta se abrió de súbito y una Camila en pijama y ojerosa le miró con

rabia.

— ¿Pero qué cojones te pasa? —fue lo único que se le ocurrió decir a Germán.

— ¡Quiero que te largues de mi vida!

— ¡¿Qué?! ¿Pero qué me he perdido? —soltó Germán estupefacto.

— ¡Eres un cara! ¿Cómo te atreves a espetarte en mi casa a las tantas y a amenazarme con aporrear mi puerta?

—Camila, tú y yo estábamos bien, ¿qué ha pasado?

— ¡Que me di cuenta de tu juego, Germán!

La chica le agarró de la mano y tiró de él para que entrara de una vez en la casa. Cerró la puerta.

— ¿Cómo que he jugado contigo? Explícame las cosas, ¡me lo

merezco! –exigió él muy serio. Toda la dulzura y preocupación se había esfumado y ahora lucía muy cabreado.

— ¡Sí, tú! ¡Tus juegos! ¡Te burlaste de mí! ¿Creías que no me iba a enterar? ¡VI SALIR A SANDRA DE TU PISO ANOCHE! ¡Estaba ahí, en tu puerta, medio desnuda!

Germán se quedó de piedra. El pánico empezó a apoderarse de él. La idea de perder a Camila por una tontería como ésa le aterraba.

—Tiene una explicación.

— ¿Cuál? ¿Cómo vas a justificar eso?

—Camila, tuve una relación bastante seria con Sandra hace tiempo. La

quise de verdad, pero ella me engañó, se lió con uno de los colegas de mi banda. Era mi socio en el grupo y su desliz no sólo se llevó por delante nuestra relación, sino también mi amistad con mi socio y mucho dinero que tuve que pagarle para que se fuera de la banda porque trabajar juntos se me hacía imposible.

Camila lo miró incrédula, Germán necesitaría algo más que eso para hacerla cambiar de idea.

— ¿Por qué salió de tu piso medio desnuda? ¿Ella era la que te llamaba todos estos días?

Germán resopló y se pasó una mano por el pelo. Era difícil explicar algo así.

—Sí, era ella. Pero desde hace mucho que lo hace, no le cojo el teléfono porque no quiero saber nada de ella, pero Sandra es muy persistente.

Sigue trabajando en mi casa para, yo qué sé, tal vez verse conectada a mí, a pesar de mi distanciamiento con mi padre.

—Me cuesta creerte.

—Mira, ella vino ayer a mi casa para…

— ¿Para qué?
—Para intentar convencerme de que volviera con ella.
— ¿Qué?
—Sí, pero le dije que no, que todo había terminado entre nosotros, que jamás podría confiar en ella de nuevo. Después, como último intento se desnudó frente a mí… llevaba, llevaba puesto un vestido y no sé cómo en un momento estaba desnuda.
— ¿Pasó algo?
— ¡No! Nada por mi parte, ella se me echó encima, me besó…
— ¡Germán! –Camila apretó los dientes.
—La aparté, le dije que basta y la obligué a marcharse. Se sintió humillada y salió del piso con el vestido a medio cerrar. Eso fue lo que viste, pero no pasó nada: te lo juro.
Camila guardó silencio, tenía que confiar en él sin más pues no había manera de comprobar la verdad. Tan sólo podía aferrarse a las palabras de Germán y creer en él a ojos cerrados.
—Camila, créeme —suplicó.
—Vete, Germán. Necesito pensar, estar sola.
—Oye, eres la única que me interesa, con la única con la que quiero estar.
Era difícil resistirse, un chico como Germán suplicándole, era realmente irresistible. Se le hacía complicado creer que alguien como él estuviera interesado en una sosa como se veía ella.
— ¿Por qué? —preguntó ella de repente.
— ¿Por qué, qué?
— ¿Por qué te gusto tanto?
El chico la miró intensamente, suspiró.
Sabía que con lo que dijera a continuación se lo jugaría todo. Tras un breve silencio, dijo:
—Porque eres auténtica, porque desde un principio te he visto ser tú, porque no sé por qué razón siento que puedo confiar en ti.
Camila no dijo nada, aquello la había tomado por sorpresa. Al parecer ella era merecedora de toda la confianza de su chico, pero a ella en cambio no le pasaba lo mismo.
—Te dejo sola, ya veo que mis sentimientos no son correspondidos —
dijo él abatido ante el silencio de ella, acto seguido se marchó.
Camila se quedó pensativa, al final todo su enfado se había esfumado y ahora el ofendido era Germán, era ahora él el que tenía el motivo para estar dolido porque era verdad: Camila no confiaba en él.
Capítulo 29

—Sé lo que ha pasado entre mi hermano y tú —soltó Natalia nada más despejar la incógnita de una ecuación. Camila la miró estupefacta.

— ¿Qué te ha contado?

—Sólo un poco por encima. Pero fue porque le obligué a hacerlo.

Quedamos después de clase y tenía una cara que le llegaba hasta los pies. Hacía mucho tiempo que no le veía tan mal, desde lo de Sandra, ¿te lo ha dicho?

—Sí, a grandes rasgos —murmuró Camila aparentando una pizca de desdén, pero en realidad era todo oídos.

—Sandra le puso los cuernos a mi hermano. Ella solita se cargó lo que tenían, lo dejó hecho polvo, con un agujero en el bolsillo y una amistad rota.

Tuvo que indemnizar a su socio para sacarlo de la banda y perdió toda la confianza en las tías. Desde entonces ha estado con muchas, pero no se compromete con ninguna, excepto contigo.

— ¿Pero cómo puedes saber que conmigo es diferente? —replicó Camila un tanto incómoda.

—Porque lo conozco, desde que estás con él tiene una cara de tonto que no puede con ella –Natalia rió—. De verdad que desde hacía mucho no le vía así.

—Nos hemos peleado.

—Lo sé, pero es porque sois tontos. Si yo estuviera en vuestro lugar ni tres Sandra conseguirían separarme de mi amor —volvió a reír Natalia, estaba de muy buen humor. Camila se dio cuenta de que disfrutaba mucho con su papel de Cupido.

—Pero ella…

—Está obsesionada con él. No se la ha podido quitar de encima por más que lo ha intentado. El otro día llegó llorando y quiso que mediara por ella con Germán, me dijo que había estado en su piso y él la había rechazado.

A Camila le entró un subidón, ¿entonces era verdad?, ¡no había pasado nada entre ellos!

—Tengo que hablar con tu hermano —dijo recogiendo rápidamente sus cosas.

—Sí, ve a verle y arréglalo todo con él. Mi hermano se ha enamorado de ti.

Camila salió disparada del despacho en donde impartía las clases a Natalia, con el corazón latiéndole desbocado no veía la hora de ver a Germán.

Estaba dispuesta a arreglarlo todo y a compensarle por todo lo ocurrido.

Pero entonces, Sandra salió a su encuentro y le impidió la salida.

— ¿Te crees que porque has estado con él un par de veces ya lo tienes seguro? –le reclamó poniéndose por delante.

— ¿Pero tú de qué vas? Quítate de en medio, y te lo digo en todos los sentidos.

—No te dejaré el camino libre, Germán es mío —la desafió con una mirada llena de inquina.

—Tu momento ya pasó, lo trataste muy mal, Sandra. Lo siento, pero ahora él está conmigo.

— ¡¡ERES UNA ZORRA!!

— ¡Sandra! –intervino de súbito Andrea apareciendo por detrás de Camila. Más atrás, Natalia contemplaba la escena alucinada—. Tenía que haberlo hecho antes, pero me daba pena contigo, sin embargo, ya lo he meditado y estoy decidida: debes marcharte, Sandra.

— ¡Andrea! ¡No, por favor, necesito este trabajo!

—Hablaré con alguien, alguna de mis amigas seguro que te pueden contratar y ayudar. No puedo hacer nada más por ti.

—No, no… te lo suplico.

—Sandra, has traspasado todos los límites de mi confianza acosando a mi hijo y pretendiendo usar a Natalia como celestina. Lo he oído todo cuando se lo contaba a Camila.

—Lo siento, no volverá a pasar, pero por favor, no me eches —insistió Sandra llorosa.

—Lo lamento, pero quiero que te vayas y te mantengas alejada de mis hijos o de lo contrario tendré que hacer algunas llamadas a la policía y pedir a alguien algún favor.

Sandra no dijo nada más, temblaba de pies a cabeza y salió corriendo hecha un mar de lágrimas.

Camila deseaba salir de ahí cuanto antes, odiaba las escenas.

—Siento todo esto —dijo sin saber muy bien cómo salir del lío—. Tal vez sea mejor que busque a otra profesora para Natalia.

—De eso nada, Camila, los problemas con Sandra no tienen nada que ver contigo, ni tampoco tienes la culpa de que Germán se haya enamorado de ti. Sé lo que hay entre mi hijo y tú y lamento mucho no haber actuado antes.

Germán lo ha pasado mal por la intransigencia de su padre, no es justo que ahora también lo haga por la obsesión de Sandra. Ya es tiempo de que le vayan bien las cosas, y no es porque sea mi hijo, pero es un gran chico y se lo merece –Andrea sonrió condescendiente y puso su mano sobre el hombro de Camila—. Quédate tranquila en lo que respecta a tu trabajo, seguirás dándole clases a Natalia, pues has demostrado ser una excelente profesora.

—Pero tal vez a Rodrigo le incomode que yo…

—Nada de eso, no te preocupes por mi marido, yo me encargo de él.

He sido muy débil ante su actitud intransigente y ya es hora de que recapacite y se reconcilie con su hijo. No te quepa duda de que en menos de lo que esperas, Germán y su padre volverán a hablarse.

—Es usted muy buena, Andrea.

—No, para nada –dijo conteniendo una risilla—. Es sólo que me he dado cuenta de que es el momento de actuar por mi familia y de que las cosas no siempre se arreglan solas. Y bueno, ya no perdamos más tiempo, ve a buscar a Germán y arreglad las cosas de una vez.

La chica sonrió, y tras hacerle un guiño a Natalia que seguía detrás de su madre, salió volando en busca de Germán.

Capítulo 30

Lanzó las llaves al suelo y le dio una patada al sofá, Estaba harto de todo, cómo si no fuera suficiente con haber roto con Camila como para que ahora viniera su padre a formársela.

"¡Deja de traer a tus ligues a casa, te hace falta sentar la cabeza de una vez!" –le había recriminado.

¡Pero si él no había hecho nada!

Lo de Sandra se había dado solo, cuando ella recién empezaba a trabajar con su madre y lo de Camila… ¿cómo diablos iba a saber que era la profesora de Natalia?

Había tenido una bronca descomunal con su padre porque se había enterado por Sandra de que Camila era su novia, "era", pues sí, pasado…

Se desplomó sobre el sillón furioso, ¿qué le importaba a su padre con quién andaba?

"Me da igual con quién te enredas, ¡pero deja de meterlas en casa!" —le había soltado de muy mala manera.

—Seguro que Camila perderá el trabajo —suspiró y se echó las manos a la cabeza muy agobiado—. Nunca creí que la cosa se fuera a liar tanto.

Sonó el timbre.

Germán apenas se movió, la verdad es que no tenía ganas de ver a nadie, pero quién quiera que fuera seguía insistiendo.

— ¡Ya voy, joder!

Se levantó enfurruñado, abrió la puerta de mala gana y se quedó de una pieza al ver que era Camila.

— ¿Tú?

—Perdóname, me equivoqué.

Capítulo 31

—Siento mucho no haberte creído, yo… me resultaba difícil pensar que te gustara como para rechazar a alguien como Sandra.

—Hace mucho la quise, pero ahora ya no siento nada por ella. No sé por qué te costó tanto creerme.

—Tal vez por mi forma de ser. No soy de las chicas que ligan con músicos rubios de casi dos metros como tú.

Germán rió.

—Pues no sé muy bien si te he entendido, pero me haces creer que soy un espécimen o algo así. De todas formas, creo que cualquiera que no te vea es porque está ciego.

—Qué cosas dices.

Germán de pronto cambió y su rostro se llenó de preocupación.

— ¿Qué te pasa?

—Es por tu trabajo —dijo él acariciándole la mejilla—. No sé si podrás seguir como profesora de mi hermana, mi padre es muy cabezota e igual no quiere que trabajes más ahí.

—Hoy después de mis clases con Natalia, tu madre habló conmigo y me dijo que no me preocupara por eso, que a partir de ahora pondría orden en su casa y que para nada me tendría que marchar. Seguiré enseñándole matemáticas a tu hermana.

— ¡Ésa es mi madre! —Germán soltó una risotada, había recuperado todo el buen humor. A Natalia le encantó verlo así de contento.

—Bueno, y ahora supongo que tendrás que ensayar con tu banda, solías hacerlo por las tardes.

—Hoy no, he tenido un día complicado y le dije a los chicos que no vinieran, así que estaré solito toda la tarde.

— ¿Así? –dijo Natalia con mirada pícara.

—Sí, pero parece que no estaré tan solito como pensaba si no que me acompañará mi niña preferida.

— ¿Y quién es ésa?

—Hmm, ¿no la conoces? —dijo acercándose a ella y acariciándole un mechón del pelo—. Tiene una carita de niña inteligente —le dio un beso rápido

—. Unos ojos castaños intensos –la rodeó con sus brazos—. Y un extraño interés por los números —la besó apasionadamente.

Camila se dejó arrastrar, lo suyo con Germán volvía a comenzar de nuevo.

Fin

Agradecimientos

Doy las gracias a mi familia y a mis amigos por el gran apoyo que me han dado para cumplir mis sueños.

Más sobre Fiona Green

Fiona Green es una novel escritora española del género romántico y rosa. Muy pronto más de sus novelas en Amazon.

fionagreen@email.com

https://www.facebook.com/fiona.green.3133

https://twitter.com/fiona_green_

Document Outline

- Más sobre Fiona Green